



CEREMONIA DE CLAUSURA: EL SENTIDO HUMANISTA EN EL PROCESO DE LA EDUCACIÓN

Carmen Balart Carmona

Decana

Facultad Historia, Geografía y Letras

El **Sexto Congreso de Humanidades**, organizado por la Facultad de Historia, Geografía y Letras, de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación: "*Presencia de las humanidades en la educación formal e informal*", nos ha permitido hacer algunas reflexiones que se deducen tras las palabras de nuestros invitados a los Foros de Discusión y de los planteamientos de los académicos participantes en las Sesiones de Ponencias.

1. Tareas que se pueden emprender. Como universitarios, como profesionales, como educadores, nos corresponde, a nivel nacional e internacional, conformar una Red de Académicos dedicados a la Formación de Profesores que generen tanto Seminarios Permanentes de Investigación Aplicada como Jornadas de Trabajo, en que se analicen, se discutan, en conjunto, temas de real importancia. Por ejemplo:

- Concepto de universidad.
- Sentido de la educación.
- Rol de la modernización en el proceso de la educación.
- Palabra y cultura en América Latina.
- Modernidad y posmodernidad.
- Las herencias (el pasado) y los desafíos (el futuro) en el aquí-ahora (el presente).
- Los espacios de las ciencias del lenguaje, de la tecnología, del arte, de la literatura.
- De qué modo forjar un entorno social equilibrado en medio del cambio vertiginoso propio de nuestra época.
- Cómo superar los obstáculos que desvirtúan el proceso del aprendizaje.
- Validez de la ética tradicional dentro de la contemporaneidad.
- Valores que hacen al hombre más humano.
- Cómo favorecer sujetos creativos, capaces de generar sus propios diseños educativos.

Todas estas inquietudes que he enumerado, vigentes en cada uno de nosotros, profesores universitarios, se dan, no es novedad alguna, en el marco de un sentimiento de crisis generalizada.

2. Crisis. No es necesario describir el proceso de crisis existencial y social, la vivimos los sujetos en particular y las sociedades en general. No sólo la vivimos, la leemos en los diarios, la miramos en las imágenes de la televisión, la escuchamos en la radio. Todos la hemos experimentado y la experimentamos cada día. Por caso: masificación, tecnología desorbitada, cúmulo de información imposible de aprehender, exceso de medios de comunicación, macrociudades, afán por asumir el poder con el propósito de manejar o manipular al hombre, a la mujer. A veces tenemos conciencia de que todo cambia mientras el tiempo avanza

inexorablemente hacia dónde, hacia qué; entonces, dónde tocar tierra firme que nos dé la certeza de aquello que se mantiene y permanece.

El vocablo crisis se abre en dos opciones de sentido: (a) uno alude al conflicto en sí; (b) el otro, al juicio de valor. Generalmente, nos quedamos en el conflicto y no llegamos a superarlo mediante un análisis valorativo, que culmine en una etapa seria de reflexión. El análisis valorativo de cómo superar la crisis, hará centrarnos, más que en el conflicto, en los posibles caminos que pueden seguirse con el fin de superarlo, a través de un examen crítico, juicioso y fundamentado, que recoja la tradición, el legado histórico, lo analice con las coordenadas del presente y lo proyecte sólidamente recreado, desde el aquí-ahora, en un futuro de resonancias humanas, que dé cabida, verdaderamente, al diálogo humano y no lo subordine ni al monólogo absoluto o absolutista, cerrado, limitado, encajonado; ni a la acumulación de saberes, abstractos y descarnados; ni a una cultura que se nos ha impuesto, una cultura de lo utilitario, de lo inmediato, de lo material, de la productividad y de la eficiencia operativa. Esta sociedad pragmática y periférica ha ido desdibujando la grandeza de lo humano y se ha impuesto lo urgente, desplazando lo importante.

3. El tema de la persona. En el contexto cultural existista, propio del momento actual, se torna de suma urgencia una meditada reflexión sobre el tema de la persona. El "*conócete a ti mismo*", imperativo socrático proclamado como prerrequisito de todo tipo de conocimiento, tiene hoy la misma vigencia que ayer en la cultura helénica.

A primera vista parecería que la humanidad, en este momento de la explosión del conocimiento humano y del portentoso imperio de la tecnología, estaría más madura para darnos una adecuada respuesta a las interrogantes fundamentales del hombre. Nunca, como ahora, se había avanzado tanto en las diversas ciencias del hombre: Biología, Fisiología, Medicina, Psicología, Sociología, Economía. Podría pensarse que todas estas disciplinas han logrado ya despejar las incógnitas que antes existían con respecto al ser del hombre y a la estructura de su comportamiento. Parecería que el hombre ha logrado, por fin, descifrar totalmente la lógica de los sentimientos y la lógica del comportamiento.

Nosotros podemos comprobar el portentoso desarrollo de las ciencias, el explosivo imperio de la tecnología; no obstante, la interrogante sobre el hombre y su destino se hace cada vez más difuminado en medio de esta gigantesca empresa cultural que él mismo ha levantado. La aceleración de la ciencia y la tecnología nos ha traído, paradójicamente, una creciente incertidumbre con respecto al ser del hombre y a su destino último.

Martín Heidegger afirmó: "*Ninguna época ha sabido conquistar tantos y tan variados conocimientos sobre el hombre como la nuestra ... Sin embargo, ninguna época ha conocido al hombre tan poco como la nuestra. En ninguna época, el hombre se ha hecho tan problemático como en la nuestra.*"

Por su parte, Cristián Marcel nos describe al hombre como un "*ser desheredado y marginado de la cultura, que ya no sabe ni quién es ni para qué existe ...*"

Tal vez en la actualidad estemos presenciando una profunda crisis de identidad, como nunca en la historia humana. Frente a la incertidumbre y a la desorientación con respecto a su propia imagen, el hombre, la mujer, anhela el descubrimiento y el sentido de su ser hombre, de su ser mujer, y el sentido de su existencia en el aquí-ahora temporal. Gran tarea y responsa-

bilidad se abre, entonces, para la educación: hacer que el individuo, que está encerrado en los límites de su propia subjetividad, se convierta en persona, en un ser único y concreto, pero, conectado, al mismo tiempo, con los demás, comunicado con ellos, abierto a los otros, en una dinámica tensión hacia el entorno, ejerciendo su propia capacidad de pensar y de vivir, de querer y de odiar, de sentir y de ser indiferente, de creer y de olvidar, de orientar y de manipular, de construir y de destruir. *"Soy persona desde mi más elemental existencia ... No puedo pensar sin existir, ni tampoco ser sin mi cuerpo. Por medio del cuerpo me evidencio, a mí mismo, al mundo, al otro. Gracias a él, escapo de la soledad ... Sólo existimos con los otros y frente a los otros; nos encontramos en los otros y no nos conocemos sino por los otros."* (Mounier, Emmanuel, *Manifiesto al servicio del personalismo*).

Según leemos en el texto, la persona no es soledad; es apertura al otro, al entorno, a la sociedad; no está sola en el mundo; existe en el seno de una familia, en un medio social, en una cultura, en una época.

La persona no se encuentra ensimismada ni está descentrada ni enajenada. Desde su propio centro, desde su ser persona, debe dirigirse al mundo y a las otras personas; desde su singularidad debe intencionalmente abrirse a la universalidad de los demás y del mundo.

4. Sentido humanista del proceso de la educación. En el ámbito del proceso de la educación, debemos considerar que los otros no nos limitan, sino que nos ayudan a ser sujetos y a desarrollarnos como personas. Considerando este planteamiento, qué maravillosa tarea labor podemos ejercer los educadores: interactuar con el otro, para que este aprenda a convertirse en una persona, en una personalidad inteligente y sensible.

Yo, por lo tanto, soy una persona en la medida en que el otro me interpela, es mi interlocutor; y me ayuda, me guía, me orienta, a ser persona. Cuando descubro el rostro del otro, se me revela, en el fondo, mi propio rostro reflejado en el rostro del otro. De aquí que todo encuentro con el otro (ya sea amor, amistad, educación), es comunicación, comunión (común unión), diálogo. La persona es, pues, de naturaleza dialógica.

Es necesario formar a los seres humanos como seres pensantes, que entiendan el para qué de las cosas: para qué enseñamos, para qué aprendemos. Por ello, todo proceso educacional debe favorecer el desarrollo de personas, de personalidades –no de individualidades– que, a su vez, integren sociedades cada vez más humanas. Sólo, de esta forma, lograremos sujetos de intensa vida interior, que generen una actitud crítica, ética, emancipada, inédita y valórica ante la vida, que les permita romper esquemas, antivalores y que se sientan protagonistas, entes activos en la creación y recreación de su entorno, incluso del mundo. No debemos moldear personalidades unidimensionales, sujetas al hacer de la técnica (el homo faber), que reciben informaciones, recetas, moldes, esquemas, y que actúan en forma obediente, conformista, encajonada, encapsulada, ceñida a las reglas, a la norma, a la instrucción, al informe, y que no desarrollan, por ellas mismas, algo distinto a los roles que les han enseñado ni están capacitadas para optar, con libertad, entre posibilidades diversas ni preparadas para asumir el riesgo que implica todo cambio importante.

Una interrogante nos asalta: ¿La liberación del sujeto se dará en el contexto de la globalización? La respuesta nos brota inmediatamente: la liberación sólo se dará si logramos recuperar el sentido profundo del vocablo valor: los valores. Los valores son cualidades subjetivas

de las cosas, es decir, valoraciones subjetivas de las cosas, que los podemos encontrar implícitos y explícitos en las grandes creaciones del ser humano: la historia, la literatura, la filosofía: respectivamente, el mundo vivido, el mundo en imágenes, el mundo del pensamiento abstracto.

La educación en cuanto proceso y en todos sus niveles desde el básico, pasando por el medio hasta el nivel superior, no debe enseñar sólo la teoría, la abstracción; requiere entregar las estrategias, los medios, los puentes, para acceder al conocimiento. Desde la vivencia de una situación concreta, el sujeto se proyecta para que pueda aprender a comprenderse a sí mismo, a los otros y a su momento actual; es decir, el tiempo-espacio en que vive, el aquí-ahora de cada uno y el de todos. Así, el hombre, la mujer, visualiza su presente y lo conecta con el pasado y, a su vez, lo vincula, prospectivamente, con el futuro, su proyección inmediata y lejana en el espacio y en el tiempo.

En el momento histórico actual podemos constatar que vivimos una crisis de paradigmas. Si no permitimos el desarrollo de una personalidad divergente, única, peculiar, planificamos un sujeto robot, el cual no puede crear algo distinto a los roles que le han asignado. Necesitamos reaccionar ante el contexto, no asumirlo pasivamente.

5. Perspectiva humanista. El comportamiento del ser humano es cualitativo: no sólo responde cuantitativa y reactivamente al estímulo del medio en una alternancia estímulo-respuesta; sino que se percibe un ser histórico, inteligente, atenido a su responsabilidad ética, que se experimenta libre y, por lo tanto, consciente de su condición de criatura inacabada, incompleta, sujeta a un tener que hacerse, impelido a trascender tanto el espacio determinista como el tiempo fugaz. Por lo mismo, tiene en sí la opción y la decisión ética de ser un constructor de realidades.

6. Reivindicación del humanismo. Desde la perspectiva humanista, todo proceso educacional debe ser un proceso de formación y no un estado de deformación. Tanto es así que no debe generarse a partir de la teoría y que el sujeto primero la aprenda, la asimile, la domine; y, sólo, posteriormente, la lleve a la práctica. En este caso, realmente no aprende, pues se le entrega algo ya digerido por otros, se le enseña un resultado, un producto; pero el proceso mismo de aprender, de crecer, de buscar respuestas, de anticipar soluciones, no lo desarrolla como tal; y la persona queda fuera del proceso mismo de aprendizaje y se convierte en lector pasivo de un mundo que no le permite crecer ni incrementar sus potencialidades. Entonces, se transforma en un sujeto reflejo, espejo de las circunstancias, que nunca se atreverá a pensar en contra de las razones aprendidas, que no podrá apreciar los valores de la verdadera tradición para actualizarla en un proyecto histórico ni trascender lo antiguo ni proyectarse en lo nuevo innovador, en ese futuro posible que no se atrapa en un camino único, sino que, como un abanico de posibilidades, se abre en múltiples futuros posibles, en múltiples utopías que, en algún momento, serán realidades vividas.

El hombre, la mujer, deben aprender a transgredir los límites que les han impuesto para actuar en conciencia, resolviendo en sí y por sí, los problemas, anticipándose a las soluciones que sean realmente beneficiosas para todos. El pensar la realidad con audacia hace posible seguir construyendo las utopías del futuro que, algún día, también serán las realidades del presente. Ninguno de nosotros puede renunciar al esfuerzo de pensar la realidad: ¿Qué hice en el pasado? ¿Qué dejé de hacer? ¿Cómo enfrente el futuro? ¿Qué opciones tengo?

¿Cómo puedo hacer que mis sueños, mis utopías, mis posibles futuros se conviertan en realidades tangibles? Por ello, todo proceso educacional, y esta actividad debería ejercitarse a lo largo de la vida, debiera generarse, a partir de experiencias concretas que permitan al sujeto enfrentar, mirar de frente al otro, a los otros, al mundo, a la sociedad.

7. Conclusión a modo de Epílogo. Una educación centrada en las humanidades, de orientación valórica, creativa, innovadora e interactiva, implica el desarrollo integral del estudiante, conducido, intelectual y sensiblemente, por el profesor.

Los siguientes pensamientos, entregados como un decálogo, pueden favorecernos, en cuanto profesores, a centrar el proceso de la educación en el sujeto, en la humanidad de la persona, y ayudarnos a construir un nuevo paradigma educacional:

- 1) Recuperar lo humano trascendente y ver en el otro a un ser humano que busca, ama, sueña, imagina y espera un mundo mejor.
- 2) Tener la valentía de aprender a mirar el mundo y comprender, con la sabiduría que da la experiencia, qué es lo que permanece y qué es lo que cambia.
- 3) Atrevernos a buscar lo nuevo sin desconocer lo valioso del pasado, la tradición que enraiza.
- 4) Desbloquear el sentimiento, la afectividad y la sensibilidad.
- 5) Permitirnos ser alegres y tener la osadía de reírnos de nosotros mismos, incluso de aquello que nos avergüenza.
- 6) Ser flexibles para considerar las cosas desde ángulos y perspectivas diferentes.
- 7) Reconocer que cada ser humano es distinto y valioso, por cuanto las diferencias que existen en el otro, nos complementan.
- 8) Respetar la divergencia, la diversidad, lo diferente, lo innovador, la creatividad: todo es posible.
- 9) Aceptar el miedo, el temor, el desamparo, la inseguridad, la caducidad del tiempo, el absurdo de la vida, el sin sentido del movimiento permanente; y, a pesar de ello, tener el coraje de vivir, de entablar relaciones, de comprometerse con la propia existencia y con la de otros.
- 10) Salir al encuentro del destino y tener la capacidad de rebelarse contra el tiempo disgregador, la soledad, el absurdo, el tedio, el olvido, la indiferencia, la enfermedad, la muerte.